

# José Ingenieros

## *Los tiempos nuevos*

Sandra Lucía Ramírez Sánchez<sup>1</sup>

En 1978, en la Universidad de Belgrano (Argentina), citando a Bernard Shaw, Jorge Luis Borges decía que “todo libro que vale la pena ser releído ha sido escrito por el espíritu”<sup>2</sup>, y con ello nos incita a pensar al libro como pensamiento encarnado capaz de trascender su espacio y tiempo, eso que llamamos sus condiciones históricas, y a hacer de él una criatura en proceso continuo de recreación. En esa misma charla, Borges apunta que antes que leer prefiere releer, y es claro que una de estas acciones es necesaria para que la otra ocurra. En cierto sentido, un libro, esa criatura aparentemente estática, cambia con cada nueva lectura que es ella misma una relectura. ¿Qué ocurre, entonces, en una invitación a (re)leer un texto publicado hace cien años? Antes que caer en el tópico de que las obras trascienden a los autores y sus circunstancias, permítanme apuntar algunas ideas acerca de la posibilidad de una lectura generosa –no anacrónica– que nos permita al mismo tiempo vislumbrar aspectos de nuestras propias experiencias actuales; esto es, una lectura que nos permita resignificar una serie de textos escritos en condiciones inconmensurables a las nuestras.

El libro que quisiera invitarlos a leer, *Los tiempos nuevos*<sup>3</sup>, fue escrito por José Ingenieros –nacido en Palermo (Italia) en 1877 y muerto en Buenos Aires en 1925, a la edad de 48 años–, pensador italoargentino y ejemplo sobresaliente de una compleja formación cosmopolita e ilustrada poco frecuente en nuestros días pero, sin duda, norma entre notables filósofos

<sup>1</sup> Doctora en Filosofía de la Ciencia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Investigadora en el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la UNAM, Mérida.

<sup>2</sup> La conferencia aparece en: Jorge Luis Borges, *Borges oral*, Alianza Editorial, Madrid, 1988. También puede consultarse gratuitamente en <<https://eac.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2020/04/EL-LIBRO-Borges.pdf>>, y en <[https://www.academia.edu/29684987/Borges\\_oral](https://www.academia.edu/29684987/Borges_oral)>.

<sup>3</sup> José Ingenieros, *Los tiempos nuevos*, Ed. Losada, Buenos Aires, 2000. Publicado originalmente como: José Ingenieros, *Los tiempos nuevos: reflexiones optimistas sobre la guerra y la revolución*, Editorial América, Madrid, 1921.



del cruce de los siglos XIX y XX; fue médico, psicólogo experimental, psiquiatra, criminólogo y filósofo profundamente influido por el pensamiento darwinista y el positivismo –de Comte y de Spencer–, apasionado del socialismo y ferviente defensor de la revolución socialista de 1917 en Rusia. *Los tiempos nuevos*, nos dice Ingenieros en la advertencia que sirve de introducción al texto, “contiene las reflexiones que la guerra europea y la revolución social han sugerido a un hombre que no se cree obligado a pensar con la cabeza de los demás. Tan graves problemas contemporáneos no lo encontraron indiferente ni pesimista. El hábito de la investigación científica y el cultivo de los estudios filosóficos, lejos de estar reñidos con un cálido idealismo fundado en la experiencia, son su mejor sostén para quien logra eludir las rutinas del profesionalismo universitario”<sup>4</sup>.

El hombre que “no se cree obligado a pensar con la cabeza de los demás” articula sus reflexiones en una compilación de ensayos escritos entre 1914 y 1920, de ahí que al leerlos en orden cronológico (que es como aparecen en el libro) podemos seguir las vías por las cuales transitó el pensamiento de su autor quien –no obstante la singularidad de los tiempos por los que discurre, marcados por la muerte y la desarticulación geopolítica propias de una gran guerra– mantiene, como bien advierte, un claro optimismo, precedido por la confianza en que la guerra, más allá de la violencia que involucra, es, por decirlo así, un mal necesario. A este respecto, es pertinente mencionar que la gran guerra que quebró a Europa entre 1914 y 1918 fungió como un catalizador de diversas expresiones del pensamiento que, en uno de sus extremos, apuntalan una visión darwinista del cambio social y apuestan por la guerra como el medio para la evolución de la historia y para el progreso; y, en su otro extremo, hacen patente la incertidumbre y el dolor ante una “generación perdida”, así como la inevitable tendencia humana a la autodestrucción<sup>5</sup>. En cualquier caso, podría decirse, ambas tendencias (con sus muchos matices en el medio) evidencian una característica de esos tiempos: que, ante

<sup>4</sup> José Ingenieros, *Los tiempos nuevos*, p. 7.

<sup>5</sup> Tal es el caso del trabajo de Sigmund Freud, *Más allá del principio del placer* (Ammorortu Editores, Buenos Aires, 2016), publicado originalmente en 1920. Para una breve presentación véase el texto de Rodrigo Llanes Salazar contenido en el número 278 (2021) de la Revista de la Universidad de Yucatán, pp. 8-15.

acontecimientos de la magnitud de una guerra hasta hace poco llamada mundial, no podemos ser indiferentes.

Que un acontecimiento concierna a nuestro pensamiento no significa que seamos capaces de dar respuestas claras y contundentes –sobre todo si es nuestra carne la que se ve implicada–, ni siquiera significa poder ofrecer respuestas. No ser indiferentes significa atrevernos a pensar y volver a pensar, y pensar otra vez si es posible, aunque la visión del acontecimiento pueda ser abrumadora... y eso es lo que hace Ingenieros en *Los tiempos nuevos*: ante la singularidad de una guerra que se manifiesta en una novedad tecnológica sin precedentes, y una revolución inexplicable dadas las condiciones económicas y culturales de la Rusia de entonces, Ingenieros piensa y, con un optimismo que (al menos a mí me) resulta sorprendente, apuesta a ambas como vueltas de tuerca históricas que abren múltiples posibilidades de transformación social tendientes al desarrollo de la humanidad, pensada esta como un todo.

Es necesario no olvidar, porque es central a la comprensión del pensamiento de Ingenieros, que en los ensayos se vislumbra el compromiso con cierta postura evolucionista asociada al darwinismo social entonces vigente. Tal postura es una versión del supuesto ilustrado más general con el cual se afirma que la Historia se desarrolla de manera progresiva y que el progreso histórico va de la mano del progreso cognoscitivo. En su versión positivista, que es la asumida por Ingenieros, el progreso cognoscitivo coincide con el progreso científico. Eso da cuenta de por qué *Los tiempos nuevos* nos conduce por una certeza impensable en nuestros días: la de un mañana necesariamente mejor... la certeza de que la Historia, en su despliegue, genera las condiciones por las cuales la vida humana alcanza la libertad y la dignidad.

¿Quién se atreve a afirmar certeza tal en este nuestro siglo XXI? Ni siquiera el (casi) olvidado *Fin de la historia*<sup>6</sup> se atrevió a tanto, pese a la confianza de Francis Fukuyama en que el fin de las ideologías, unido al desarrollo científico y la constitutiva necesidad humana de reconocimiento, darían lugar al desarrollo del capitalismo, el fortalecimiento de

<sup>6</sup> Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, The Free Press, Nueva York, 1992.



la libertad y del individuo y, finalmente, a la consolidación de la democracia deliberativa; esto es: al progreso. ¿No acaso la Modernidad nos enseñó que la Historia en su despliegue es necesariamente progresiva?

Modernidad, Ilustración, Progreso... son tópicos que el siglo XX sometió a juicio, y que nuestro siglo XXI toma por cadáveres momificados en algún escaparate académico, al que de vez en cuando arriba algún taxidermista curioso por escarbar debajo de sus pieles, sólo para repetir con hartazgo que debería erigirse en su honor un cenotafio. Tan vacuos resultan a nuestros ojos las letras que conforman esos sustantivos: Modernidad, Ilustración, Progreso.

Así las cosas, ¿qué hacer con un texto en el que, justo, el Progreso es el motivo principal que empuja las reflexiones filosóficas? Podríamos, claro, tomar el cadáver y someterlo a tantas intervenciones como sean necesarias para comprender por qué alguien, y no cualquiera, llegó a creer sin vacilación en que la Historia –así, con mayúsculas– genera las contradicciones más virulentas con el fin de hacer posibles la libertad, la dignidad y la bondad humanas. Tal ejercicio forense, sin embargo, contradice las ideas con las que inicié este pequeño escrito: toda nueva lectura es una relectura y, por ello, implica un renacimiento más que un obituario. Si ese es el caso, la vitalidad del texto no debería buscarse a través de un entramado exegético, sino de una hermenéutica que parta de ese lugar específico desde el cual pensamos, con la conciencia clara de que nuestra mirada es necesariamente parcial –que no por ello subjetiva, aclaro–.

Asumo, pues, el riesgo de creer que la lectura generosa de un libro como el que publicó Ingenieros hace cien años tiene la potencia de mostrarnos algo de nosotras mismas, de las realidades que configuramos y que, simultáneamente, nos constituyen. Propongo una lectura refractaria más que reflexiva; una que nos interpele desde aquello que nos parece casi de sentido común (académico), en particular, desde nuestro rechazo común de la idea de progreso.

Crear en el “progreso” implica creer en, por lo menos, dos condiciones: que el tiempo es lineal y unidireccional, y que los cambios a través de la historia implican necesariamente el despliegue de la potencia humana –

potencia que, dicen los modernos, apunta a la constitución de una subjetividad libre, autónoma y soberana—. Ambas condiciones se encuentran en el corazón de la Modernidad y, en muchos sentidos, forman parte de nuestras lenguas comunes. ¿Cómo hemos de pensar el tiempo sino como una línea constituida por puntos espaciales que se siguen uno a otro sin nunca sobreponerse?, ¿acaso no es claro que es imposible volver al pasado?, ¿acaso no es racional y deseable propiciar las condiciones que favorezcan el despliegue de la potencia humana con el fin de que los individuos humanos sean más libres, más autónomos?, ¿acaso no es evidente que la misma historia de la humanidad, incluso biológica, nos enseña cómo las condiciones impulsan cambios que nos hacen más humanos?

Pensemos un momento en esta última pregunta: pese a que los modelos evolutivos actuales rechazan la idea de que la evolución biológica implica alguna idea de que esta tienda a propiciar “mejores” organismos a través del tiempo, si hacemos, por ejemplo, una búsqueda en Google de “evolución humana”, y nos enfocamos en las imágenes que arroja el algoritmo, nos encontramos con una serie de imágenes –muchas de ellas profundamente racistas– en las que se plasma claramente la idea de que la evolución es unilineal y apunta a hombres –subrayo HOMBRES– altos, fuertes y de facciones más bien caucásicas. Por supuesto, cualquier conocedora diría que eso ocurre porque así está constituido el algoritmo, para arrojar los resultados más comunes y no los más precisos<sup>7</sup>. Mi respuesta es: de eso se trata, de mostrar que la idea de evolución asociada a saltos cualitativos que dan lugar a “mejoras” en las especies, es una idea vigente, aunque no necesariamente acertada desde el punto de vista de la biología de la evolución y el desarrollo. Entonces, ¿son nuestros tiempos reacios a aceptar una noción como la de progreso histórico, o no?

Cualquiera podría decirme que he hecho trampa al llevar el problema al imaginario popular –o al menos al imaginario construido por el motor de búsqueda más popular en nuestros días– y a la idea de evolución humana biológica, dejando de lado la idea de cambio histórico progresivo;

<sup>7</sup> Para los modelos evolutivos actuales, los procesos de evolución de los homínidos apuntan a varias líneas de hominización, y no a una única por la cual el *homo sapiens* (minúsculas necesarias) llega a ser, “superando” a sus antecesores cuasi humanos.



lo que sería una réplica muy justa. Sin embargo, creo que el ejercicio nos permite mirar cómo es que continuamos creyendo en alguna suerte de progreso y que, aunque esta creencia no se adecúe a los modelos evolutivos actuales, sí permite mantener algunas actitudes tales como la del excepcionalismo humano –es decir, que los seres humanos somos mejores, formas de vida privilegiadas frente a cualesquiera otras entidades biológicas–. Un modelo de evolución biológica como el que se refleja en la búsqueda de Google, está más cerca del pensamiento de alguien como Ingenieros que de las teorías biológicas vigentes. Tenemos, sin duda, un poco más de pudor al afirmar que nuestras formas de vida en sentido cultural son mejores que otras, pero no mucho más, quizás sólo somos políticamente correctos. La cuestión es, y apuntalo aquí la provocación, ¿podemos realmente rechazar una lectura genuina de textos comprometidos con fuertes ideas acerca del progreso histórico sin ser poco menos que hipócritas? Pienso que una lectura generosa, como dije antes, es un buen punto de partida para abordar un texto que, al menos a mí, me resulta ideológicamente ajeno. Hagamos un esfuerzo genuino por comprender qué pensaba Ingenieros cuando asume sin titubeos que algo tan terrible como una guerra es realmente un paso hacia delante en la evolución de la historia humana.

Abordo ahora una cuestión que considero imprescindible en estos nuestros tiempos nuevos –nombrados eufemísticamente *nueva normalidad*– y que en los textos de Ingenieros aparece de manera constante: la relación entre el avance cognoscitivo y la posibilidad de configurar sociedades más propicias al desarrollo de las potencias humanas –en libertad, dignidad, autonomía, etcétera–. En ese sentido, Ingenieros es fiel a sus antecesores modernos-ilustrados-positivistas. Ya en el siglo XVI, Francis Bacon sostenía que las transformaciones sociales que impulsarían el desarrollo de las potencias humanas estaban necesariamente atadas al desarrollo de la filosofía natural experimental<sup>8</sup>.

La Bensalem imaginada por Bacon, como espejo de *La República* platónica, es gobernada por sabios, pero no filósofos, ciertamente no filósofos platónicos sino filósofos naturales, experimentales, amantes del naciente

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2017. La filosofía natural que daría origen a la ciencia y a la tecnología modernas.

individuo y del Dios del séptimo día, para quienes el método científico es la tierra prometida del pensamiento... no cambió mucho el espíritu de la utopía desde Bacon hasta Comte y sus sucesores, como Ingenieros, para quien la Guerra, la Revolución y la esperanza de un nuevo orden mundial más justo para todos no se oponen al desarrollo científico y, muy por el contrario, son aliados. La confianza en esta alianza comenzó a ser socavada en el siglo XIX con Goethe<sup>9</sup>, o incluso en el siglo XVIII con Rousseau<sup>10</sup>, pero fue en el siglo XX –particularmente después de la segunda gran guerra, cuando se hicieron evidentes las capacidades destructivas de la tecnociencia–, que se anuncia su declive. El abandono de la confianza en el conocimiento tecnocientífico como impulsor privilegiado del despliegue de las potencias humanas parece ser definitivo a raíz del reconocimiento de su no neutralidad ética, política o económica, y su alianza con modelos capitalistas de desarrollo. Sin embargo, podemos preguntarnos genuinamente si cuestionar los modelos que hasta ahora han dominado el hacer tecnocientífico es suficiente para negar la pertinencia de las ciencias –las tecnologías y las tecnociencias– como aliadas en los esfuerzos por construir condiciones propicias a la dignidad, libertad, autonomía y reconocimiento de diversas subjetividades en un presente-futuro posible. Apuntemos una breve caución: quizás es tan irracional confiar ciegamente en las ciencias como dudar definitivamente de ellas.

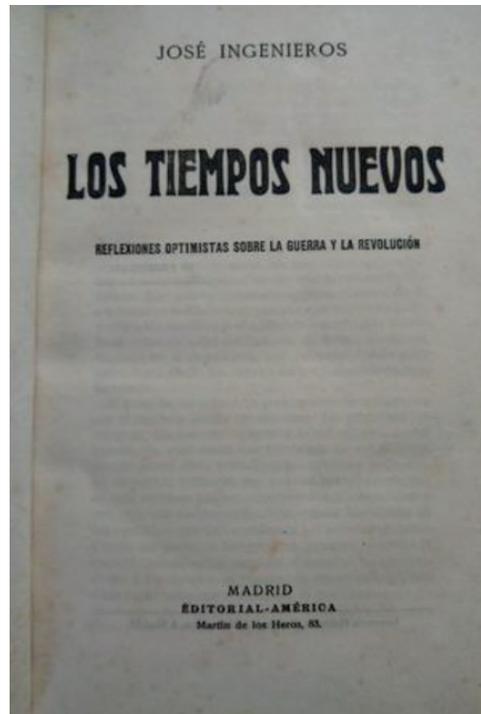
Finalmente, hablando de presentes-futuros posibles. Es innegable que Ingenieros con *Los tiempos nuevos* se dirige a un lector que, como él, confía en un futuro posible. Como él mismo afirma, es un pensador optimista. Pero a nosotros, transeúntes del siglo XXI, el optimismo nos parece negado. La vacilación es nuestro sello, podría decir Donna Haraway, cuando no lo es el definitivo cinismo ante la imposibilidad de poner freno al Capitaloceno y comenzar de nuevo. En ese escenario, vale la pena pensar, y pensar y volver a pensar. No ser indiferentes. Recuperar

<sup>9</sup> Véase Johann W. Goethe, *Fausto*, Alianza Editorial, Madrid, 2014.

<sup>10</sup> Véase Jean-Jacques Rousseau, Discurso sobre las ciencias y las artes. *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Alianza Editorial, Madrid, 2012.



nuestra capacidad de avistar tiempos nuevos, diferentes a estos en que nuestros cuerpos, y nuestras esperanzas, viven en escenarios de profunda incertidumbre acontecimientos que aún nos resultan inabarcables.



Portada de la edición original de Los tiempos modernos (1921).



José Ingenieros (1877-1925) Fuente: Wikipedia.